

COSTUMBRES FAMILIARES

DE LOS

AMERICANOS DEL NORTE.

CAPITULO PRIMERO.

Entrada del Misisipí. — La Baliza.



El día 4 de noviembre de 1827 me hice á la vela en Londres acompañada de mi hijo y dos hijas, y al cabo de una navegación favorable aunque algo cansada, llegamos el de navidad á la embocadura del Misisipí.

La primera señal que nos anunció la proximidad de la tierra fué la presencia de este caudaloso rio, que con el cieno de sus inmensas aguas enturbia las azules y cristalinas ondas del Golfo-Mejicano. Sus orillas son tan bajas que ninguno de los objetos que las cubren, se alcanza á ver desde la mar, pero

contemplabamos con gusto el océano de fango que nos salia al encuentro, porque nos advertia que ya nos acercabamos al puerto; sin embargo no pasamos sin un sentimiento como de pesadumbre del campo azul y transparente cuyo aspecto variado habia sido el principal recreo de nuestro viaje, á la corriente impura que entonces nos recibia.

Sobre las grandes islas de cieno que dominan la línea de las aguas, vimos posar numerosas bandadas de pelícanos, y un piloto salió á dirigir nuestro rumbo en medio de aquellos bancos, mucho antes de que apareciera ningun otro indicio de tierra.

Yo nunca he visto escena tan completa de desolacion como la que presenta la entrada del Misisipi. Si el Dante la hubiera podido contemplar, de ella habria sacado imágenes de horror para otro Infierno. El único objeto que se percibe en la confluencia de las aguas es el mástil de una embarcacion que zozobró mucho tiempo ha queriendo pasar la barra, y que aun está en pie como festigo melancólico de las desgracias que han sucedido y présago fatal de las que han de suceder.

Poco á poco se fueron descubriendo juncos de un tamaño enorme, y habiendo atravesado unas cuantas millas mas de fango, nos encontramos á la vista de un peloton de chozas que

llaman la Baliza, y que es el asilo mas miserable que yo he visto servir al hombre de habitacion; con todo me dijeron que allí vivian muchas familias de pilotos y de pescadores.

En algunas leguas no presenta el Misisipi desde su boca otros objetos mas interesantes que bancos de cieno, juncos monstruosos y de cuando en cuando un tremendo cocodrilo que se deleita en el fango. Otra de las circunstancias que mas contribuyen á dar un semblante tan lúgubre á esta escena, es la multitud de troncos que bajan sin cesar impelidos por la corriente hácia los diferentes desagaderos del rio. Se ven flotar, á veces con sus ramas y mas frecuentemente con todas sus raices, árboles colosales, víctimas de los continuos huracanes. Cuando varios de estos árboles se enganchan unos con otros y recogen en su centro todos los despojos de las selvas, parecen islas flotantes transportando un bosque entero que insulta al cielo con sus raices, mientras por vengarse azota la corriente con sus desnudas ramas: al acercarse á la embarcacion y pasando con la velocidad que van, estas masas mas que otra cosa parecen fragmentos de las ruinas de algun mundo.

Sin embargo, al paso que nos ibamos internando, iban tambien reanimándonos, á pesar de la estacion, las brillantes tintas de la vege-

tacion meridional. Las orillas del rio son siempre bajas, pero las caserías de los colonos ó plantadores, aquí un edificio solitario, allí una habitacion, rodeada de cañaverales y de chozas de negros, varian el cuadro, aunque en ninguna parte hai una pulgada de terreno que ofrezca á la vista lo que llaman los pintores un segundo punto; ademas la tierra está protegida contra las inundaciones por un malecon ó gran calzada, á que conservan todavía el nombre francés de *la Levée*, sin la cual desaparecerian pronto las habitaciones, pues el nivel del rio es sin duda mas alto que el de sus riberas: esta muralla tiene ciento veinte millas desde la Baliza á Nueva-Orleans y se prolonga otras ciento mas arriba de la ciudad. Cuando llegamos habia habido frecuentes y continuadas lluvias, y esto daba á este « gran rasgo natural » el aspecto mas anti-natural que cualquiera puede imaginarse, haciendo conocer no solo que el hombre habia puesto allí su mano, sino que aun las obras mas poderosas de la naturaleza tal vez han sido hechas para llevar su marca: esta reflexiön me trajo á la memoria el pensamiento heróico-burlesco de Swift.

« Debe al arte ceder Naturaleza. »

Con todo parecia la naturaleza tan fuerte, tan indómita al mismo tiempo, que me fué imposible el dejar de prever que un dia tomaria otra vez la materia en sus propias manos, y entonces — ¡ adios, Nueva-Orleans !

Es fácil imaginarse la falta absoluta de belleza de esta perspectiva, y sin embargo la forma, el color de los árboles y de las plantas, tan nuevo todo para nosotros, y la larga privacion que habiamos tenido que sufrir de toda vista, de todo sonido de tierra, eran circunstancias que debian hacernos agradables hasta aquellas pantanosas riberas. No obstante deseabamos con impaciencia tocar y ver la tierra; pero la navegacion de la Baliza á Nueva-Orleans es difícil y pesada, y los dias que gastamos en ella nos parecieron mas largos que cualquiera de los que habiamos pasado á bordo.

A la verdad los que hallan un placer en la contemplacion de los fenómenos de la naturaleza pueden soportar sin fastidiarse una navegacion de muchas semanas. Acaso pensarán algunos que el océano y el cielo no tienen mas que ver que lo que muestran á la primera ojeada, y aun que esta ojeada puede inspirar ideas mas de monotonía y aridez que de hermosura y sublimidad; en cuanto á mí su variedad me parece infinita como su belleza eterna. Muy

rara vez se describen con buen éxito aun las escenas en que los objetos son prominentes y palpables, vana pues debé ser cuanta tentativa se haga para pintar aquellas en que el efecto es tan sutil y tan inconstante; estas sin embargo producen tal vez una impresion mas honda que las otras. A mí me parece posible el olvidar la sensacion que me causó la vista del gigantesco Misisipí y las emociones con que he contemplado su majestuosa corriente; el Ohio, el Potomac se pueden confundir en mi memoria con otros rios; puede costarme trabajo el recordar el contorno azul de los montes Aleghanies; pero mientras haya en mí la fuerza de un recuerdo, nunca podré olvidar la primera y la última hora del dia sobre las olas del Atlántico.

Mas el océano y sus inefables encantos habian desaparecido; ya empezamos á notar que el paseo del alcázar se asemejaba mucho al ejercicio de un mulo de noria; que nuestros libros habian perdido la mitad de las hojas y que sabiamos de memoria las que les quedaban; que la carne estaba demasiado salada y la galleta muy dura; en una palabra, que despues de haber estudiado nuestro buen buque Edward de la popa á la proa, hasta saber el nombre de todas las velas y el uso de cada rol-

dana, ya lo habiamos disfrutado bastante, y cuando por la última vez nos acostamos cabeza con cabeza en nuestras estrechísimas camas, exclamé con no poca alegría :

« Frescos campos mañana y pastos nuevos. » (1)